

EL DUQUE.

Entonces voy á ponerlos en un cuadro.

URBANO.

Como te parezca.

EL DUQUE.

Y algun dia se los enseñaré á tus hijos diciéndoles ; « Chicos, veis esos papelotes? no firméis jamas semejantes disparates. »

URBANO.

Conque, adios, Cayetano. De hoy mas, acabó la mala inteligencia entre nosotros! (Sale por el fondo. Benito entra.)

## ESCENA VIII

BENITO, EL DUQUE, despues PEDRO.

EL DUQUE, sentándose á la derecha.

Hombre, llegas como la paloma del arca! Precisamente estóy todavía con el chocolate.

BENITO.

Yo no olvido las costumbres del señor duque. (Acerca el velador, sobre el cual deposita una bandeja con vino y bizcochos.)

EL DUQUE.

Eres un ángel, Benito.

BENITO.

Favor que me dispensa el señor duque. Ahí está el ayuda de cámara del señor duque, y solicita sus órdenes.

EL DUQUE, bebiendo y comiendo.

Dile que entre. (Benito hace seña á Pedro y sale por el fondo. — A Pedro.) ¿Habéis pasado por casa?

PEDRO.

Sí, señor duque.

EL DUQUE.

Hay cartas?

PEDRO.

No hay mas que algunas targetas.

EL DUQUE.

Dadme! (A parte, leyéndolas.) Las targetas de los abastecedores que hace poco querian prenderme! Y solicitan mi clientela!... Oh! civilizacion, á dónde irás á parar! (A Pedro.) Está bien, podéis marcharos.

PEDRO.

¿No tiene el señor duque nada que mandarme?

EL DUQUE.

No.

PEDRO.

¿A dónde debere ir á esperar al señor duque?

EL DUQUE.

A mi casa.

PEDRO.

¿Y á qué hora será menester despertarle?

EL DUQUE.

A ninguna... Me dejarás dormir.

PEDRO.

¿Sabe el señor duque que mañana no es domingo?

EL DUQUE.

Sí, amigo mio, sí. Ya he concluido mis estudios de paisaje, quiero descansar y os aconsejo que hagáis otro tanto. Id, Pedro, id, que bien lo habéis ganado. (Pedro se dirige hácia el fondo y se detiene sorprendido viendo entrar á Carolina; — despues sale.)

## ESCENA IX

CAROLINA, EL DUQUE, sentado.

CAROLINA, entrando por la derecha y al ver al duque hace ademán de retirarse.

Dispensád, caballero, creí que la señora marquesa estaba en el salon.

EL DUQUE, levantándose.

¿Va á venir dentro de un instante. (Carolina saluda y da un paso hácia la puerta.) Os causo miedo, señorita?

No, señor; pero...

CAROLINA.

EL DUQUE.

Pero... ya veis que no podéis molestarme, puesto que me hallo solo y que ámbos somos de casa; porque... si no me engaño, sois la sucesora de la incomparable Artemisa.

CAROLINA.

Sí, señor, yo soy quien la reemplaza.

EL DUQUE.

Como la primavera reemplaza al invierno, haciéndole olvidar. Oh! no habéis conocido á Artemisa? pues es lástima! Figuraos que era mas áspera que la brisa del mes de diciembre: estoy seguro de que ella me ocasionó mi primer reumatismo.

CAROLINA.

¿Y estáis ya curado?

EL DUQUE.

Sí.

CAROLINA.

Vaya, me alegro infinito.

EL DUQUE.

Oh! con vos siquiera se puede hablar!... Conque, no la habéis conocido?

CAROLINA.

A quién?... á la señora Artemisa? No, señor.

EL DUQUE.

Habéis visto algunos albatros?

CAROLINA.

Nunca.

EL DUQUE.

Ni disecados?

CAROLINA.

Ni disecados.

EL DUQUE.

Pues en el Jardín Botánico los hay... Es un bicho muy curioso y digno de verse.

CAROLINA, conteniendo la risa.

Sé que es un ave marina.

EL DUQUE.

Justamente! con un gran pico terminado en gancho. Es un animalito que se pasa el día comiendo, que tiene el lomo la mitad blanco y la mitad oscuro, y unas zancas!... Pues bien, la tal Artemisa... (Carolina suelta la carcajada.) Ah! os reis? Hombre, gracias á Dios que hay aquí alguien que se ria! A propósito, — ¿es impertinencia preguntaros vuestro nombre, señorita? Yo adiviné el de Artemisa... Hay caras que en seguida le revelan. Esperád, á ver si adivino el vuestro... Os llamáis María?... Blanca?...

CAROLINA.

No.

EL DUQUE.

Luisa?... Carlota?

CAROLINA.

Cerca le anda.

EL DUQUE.

Carolina?...

CAROLINA.

Eso es.

EL DUQUE.

De veras? Y llegáis ahora de provincia?

CAROLINA.

Del campo.

EL DUQUE.

Pero, para venir del campo tenéis las manos muy blancas.

CAROLINA.

Es que me he criado en Paris.

EL DUQUE.

Y no os aburriréis aquí?

CAROLINA.

Yo no me aburro nunca.

EL DUQUE.

¿Nunca, nunca?

CAROLINA.  
Jamás.

EL DUQUE.  
Sois bien dichosa! ¿Y habéis entrado aquí por recomendación de la señora de Arglade?

CAROLINA.  
Sí.

EL DUQUE.  
Entonces conocéis á esa *chortilela*?

CAROLINA.  
Cómo la llamáis?

EL DUQUE.  
*Chortilela*.

CAROLINA.  
Que significa?...

EL DUQUE.  
Es una palabra de mi invención que quiere decir: medio loca.

CAROLINA.  
Cómo! creéis que Leoncia?...

EL DUQUE.  
Vamos, sin duda hace mucho que no la habéis visto!... Pero la estamos esperando; observádlas bien. Veréis cómo me pisa sin verme y cómo llora á lágrima viva en cuanto yo chille, á ménos que no suelte el trapo á reír llamándome su pobre Benito, ó que no se desvanezca creyendo que soy mi madre. Su distracción llega á tal punto, que, según dicen, confiesa los pecados ajenos, y se cree obligada á echar la penitencia de los suyos sobre las costillas del prójimo... (Movimiento de Carolina.) Oh! sin duda son calumnias. Pero, decidme: ¿cómo es que una persona razonable conoce á la señora de Arglade?

CAROLINA.  
No la conocéis vos?

EL DUQUE.  
Pero yo no soy razonable. No importa! ¿queréis darme la mano?

CAROLINA.  
A qué fin?

EL DUQUE.  
Para tener el placer de estrechársela. Nada temáis; el sentimiento que me impulsa á pediroslo es tan puro como honrado. Me la dais? (Carolina le tiende la mano.) Gracias! cuidad mucho á mi madre!

CAROLINA.  
Según eso, sois el señor marques?

EL DUQUE.  
No, soy su hermano.

CAROLINA.  
La señora marquesa no me había hablado sino de un hijo.

EL DUQUE, con emoción.  
Eso le sucede algunas veces. Pero la culpa es mía.

## ESCENA X

CAROLINA, LEONCIA, EL DUQUE

LEONCIA, entrando por el fondo.  
En fin, héme aquí.

CAROLINA, corriendo hácia ella.  
¡Oh, querida Leoncia! ya ves, como he venido sola.

LEONCIA.  
Sí, lo sabía, y no he querido que me anuncien por ver si me reconocías.

CAROLINA.  
Yo lo creo! tú no has cambiado.

LEONCIA.  
Y tú... ¿Sabes que te has puesto muy guapa?... Oh! pero de un modo asombroso! Has visto á la marquesa?

CAROLINA.  
Sí; la marquesa es adorable!... ya estoy instalada.

LEONCIA.  
Perfectamente! Pues figúrate, hija, que yo ando desde esta mañana como un azacán, para un asunto muy grave y muy delicado.

Una amiga mía, ya un poco entrada en años, tiene una hija que el padre quiere que lleve al baile... y por cierto que el buen hombre es un poco déspota y algo testarudo : él dice que la jóven es ya bastante grandecita para presentarla en sociedad, y la madre opina que la chica es demasiado vieja... no, quiero decir demasiado jóven. Pues bien, en esta alternativa me tomaron por árbitro, y salí para ir á su casa... pero, en el camino, cambié de opinion.

EL DUQUE, despues de haber saludado irónicamente á Leoncia.

Baronesa, soy yo, sabéis?... yo, que estóy pronto á presentaros el homenaje de mis respetos á la primera coma que haya de intervalo... Pero no os molestéis, lugar hay.

LEONCIA.

Creia haberos dado la mano al entrar.

EL DUQUE.

Si, pero no ha sido hoy, fué la última vez que vinisteis.

LEONCIA.

Ah! ¿es que vamos á empezar?

EL DUQUE.

No por cierto! mi madre me ha dicho que os haga los honores, y cumplo su mandato dejándoos hablar con esa señorita.

LEONCIA.

Es una amiga de convento que vuelvo á encontrar...

EL DUQUE.

¿Tenéis bastante con dos horas para el reconocimiento? Lo digo, porque cuando vos tomáis la palabra... Y á propósito, qué dia es hoy, baronesa?

LEONCIA.

Hoy?

EL DUQUE.

Si.

LEONCIA.

Lúnes ó mártes... ¡Jesus, que loca soy!... ¡Domingo!

EL DUQUE.

No, que es juéves.

LEONCIA.

Ay, es verdad!

EL DUQUE.

Baronesa!

LEONCIA.

Qué hay?

EL DUQUE.

Cerrád los ojos.

LEONCIA.

Otra broma?

EL DUQUE.

No, no es broma, cerrád los ojos.

LEONCIA.

Bien. Y luego?

EL DUQUE.

De qué color es vuestro vestido?... Sin trampa!

LEONCIA.

Verde.

EL DUQUE.

No, que es gris; habéis olvidado que estáis de medio luto.

LEONCIA.

Qué queréis! como yo no soy quien me visto...

EL DUQUE.

Vaya una razon!

LEONCIA, á Carolina.

¡Ya empieza el señor duque con su sempiterna tarabilla! Pues bien, sí, soy distraida para las cosas fútiles. (Pasa á la derecha.) ¿Qué me importa á mí el dia ó el año en que vivo? Gracias á Dios, no me amenaza ninguna letra á plazo. Tengo buena memoria para acordarme de mis amigos, y esto es lo esencial.

EL DUQUE.

Entónces, baronesa, acordaos de nosotros, y no olvidéis que hoy lúnes, mártes ó domingo, sexto ó quinto dia del mes de noviembre, de abril ó de enero, adornada con vuestro vestido azul, gris ó verde,

coméis en nuestra casa, ó en la del vecino de enfrente ó en la del de mas allá. (Sale por el fondo.)

### ESCENA XI

LEONCIA, CAROLINA.

LEONCIA, sentándose á la izquierda.

Siempre loco, pero gracioso! (Con misterio.) Sin embargo, no te fies de él!

CAROLINA.

Por qué?

LEONCIA.

Porque el duque es muy tuno, y capaz de comprometer á todas las mugeres.

CAROLINA.

Por ventura te?...

LEONCIA.

A mí? oh! no. Pero, á fuer de buena amiga, debo prevenirte ciertas cosas que no podia explicarte por escrito.

CAROLINA.

Aun no es tarde.

BENITO, entrando por la izquierda.

La señora marquesa suplica á la señora baronesa de Arglade y á la señorita de Saint-Geneix que tengan la bondad de pasar á su habitacion.

LEONCIA.

En seguida vamos. (Vase Benito.) Te decia...

CAROLINA.

Pero corre prisa?... porque no tenemos tiempo.

LEONCIA, levantándose.

Sí, tenemos lugar... no son mas que dos palabras... Ah! antes que se me olvide, una pregunta muy prosáica: tú eres pobre, yo soy rica; necesitas dinero?

CAROLINA.

No, gracias!

LEONCIA.

De veras?

CAROLINA.

De veras.

LEONCIA.

Te has resentido por que te lo pregunte?

CAROLINA.

Estás loca?

LEONCIA.

En fin, ya sabes que puedes contar conmigo como yo contigo. Ahora, voy á darte mi consejo: la marquesa tiene otro hijo.

CAROLINA.

Ya me ha hablado del marques.

LEONCIA.

Es un sabio, un filósofo á quien su madre quiere casar con una jóven conocida mia... no tardarás tú en conocerla. Se llama...

CAROLINA.

Pero, querida Leoncia, todo eso no me importa gran cosa.

LEONCIA.

No?... mas de lo que se te figura. El marques es muy sentimental, tú eres aun muy guapita, y si llegaras á trastornarle la cabeza... Oh! no digas que no, porque nadie puede saber lo que sucederá mañana.

CAROLINA.

Pero puede una responder de sí misma!

LEONCIA.

Segun, hija... Qué estaba yo diciendo?... Ah!... que la marquesa no te perdonaria nunca el que hubieses desbaratado el casamiento de su hijo... Déjame acabar. En cuanto al duque, como está arruinado, necesita una novia rica, y creo que voy á proporcionarle una.

CAROLINA.

Cómo! tú eres casamentera?

LEONCIA.

Qué quieres, hija? la marquesa me persigue para que le coloque al duque... y ; si supieras que difícil es de colocar el tal duquesito! Quizas tenga para ello necesidad de tu auxilio; ¿ puedo contar contigo?

CAROLINA.

Por Dios, Leoncia, ¿ á dónde tienes la cabeza? ¿ Qué influjo puedo ejercer yo aquí, en la posición que ocupo?... Vive persuadida que nadie me pedirá parecer.

LEONCIA.

Es que tu posición puede llegar á ser muy delicada!

CAROLINA.

Gracias á tus advertencias, no me asusta.

LEONCIA.

En fin, en todo caso, cuento con tu amistad, con tu confianza?

CAROLINA.

Seria una ingrata si otra cosa hiciese.

LEONCIA, besándola.

Ah! mereces ser querida como yo te quiero! Vamos al cuarto de la marquesa. (Benito abre la puerta.) Hémos aquí. (Entran en la habitación. — Pedro, que aparece en el fondo, sigue con la vista á Carolina).

## ESCENA XII

BENITO, PEDRO.

PEDRO.

Señor Benito!

BENITO, que se habrá quedado arreglando las sillas.

Señor Pedro!

PEDRO.

Quién es esa jóven que acaba de salir con la señora de Arglade?

BENITO.

Es la señorita de Saint-Genex... la nueva lectora de la señora marquesa.

PEDRO, á parte.

Lectora!... (Alto.) Señor Benito, me he decidido por fin á reemplazaros.

BENITO.

De veras? me alegro. Y cuando?

PEDRO.

Tan pronto como el señor duque no necesite de mis servicios. Hasta la vista, señor Benito.

BENITO.

Hasta mas ver, señor Pedro. (Pedro se dispone á salir; cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, NEXCO

29635